

—Que las bases de la paz sean razonables, que no sean atentorias al buen nombre de ninguna de las dos naciones contratantes, y entónces seremos los primeros en aceptarlas.

—Lo mejor que puede hacerse es enviar tres individuos de este cuerpo, haciéndoles conocer nuestro acuerdo.

Todos aprobaron esta determinacion.

Procedióse en seguida á la eleccion de los que habian de componer la embajada.

Una vez designados, se les recomendó eficazmente la mayor cortesía para llevar á cabo aquella mision.

Los funcionarios encargados del mensaje del Senado partieron.

Al llegar al alojamiento designado á los embajadores del emperador de México, no hallaron á ninguno de ellos.

Preguntaron á los servidores que habian puesto á sus órdenes, y supieron que los enviados del príncipe de Iztacpalapa, al ver la mala acogida que habian tenido en el Senado, abandonaron la ciudad inmediatamente que terminó el consejo.

Añadieron que no habian creído conveniente detenerlos, porque habia corrido la voz en Tlaxcala de que venian contra los españoles, y temieron algun movimiento popular que atropellase las prerogativas de su ministerio y destruyese los propósitos del Senado.

CAPITULO LXXVI.

Una ceremonia imponente.



XCOTENCAL el jóven, que como senador habia asistido al consejo celebrado en Tlaxcala, guardó el mayor silencio y se dejó llevar de la opinion general.

Sin duda temia la indignacion de sus compañeros.

Cuando terminó aquella reunion, volvió á su casa.

El disgusto se pintaba en su semblante.

De cuando en cuando prorumpia en imprecaciones, y su furor, en vez de calmarse, cada vez tomaba mayores proporciones.

Su padre y su esposa le preguntaron la causa de su agitacion.

—La cólera me ciega, exclamó. En este momento acaba de llegar una embajada del emperador de México proponiéndonos la paz.

—¿Y eso te inquieta? preguntó su esposa Amaiza. Yo, por el contrario, doy mil gracias á los dioses, porque de ese modo ya no te separarás de mi lado, ya no expondrás tu vida, y podré yo vivir dichosa consagrándote todo mi cariño.

—No es esa proposicion la que enciende mi ira. Es que al ofrecer la paz exigian los mexicanos que nos uniéramos á ellos para exterminar á los extranjeros, y el senado, con fútiles escrúpulos, con especiosos pretextos, se ha negado á romper la amistad que le unen con nuestros verdugos.

Cuando pienso que se me presentaba la ocasion de realizar mis deseos, de vengarme de las tropelías que han cometido esos

aventureros, y que por la fascinación de unos cuantos tengo que renunciar á ella, mi sangre arde, y hay momentos en que hasta el suicidio se presenta á mi imaginación como el único medio de calmar la inquietud que me devora.

—Mucho convendría, en efecto, hijo mío, contestó su padre, el anciano ciego, celebrar la paz con el emperador de México, cuyo formidable ejército nos obliga siempre á estar sobre las armas.

Pero el sacrificio que nos impone no es posible aceptarle.

—Es decir, que para vos nada significa el intento de los españoles, de aniquilar y destruir nuestra religión, de alterar nuestras leyes y forma de gobierno, é imponernos un yugo tan deshonroso como el que impusieron á las tribus que han dado crédito á sus supercherías?

—Los españoles no han demostrado que abriguen esos propósitos que tú supones. Es cierto que en otras tribus han sido causa de mil desastres; pero también lo es que sus habitantes no se han conducido con ellos de la manera que merecen.

Nosotros no les debemos más que gratitud, y una prueba del prestigio de que aquí gozan, es el recibimiento que se les ha tributado, la veneración de que son objeto.

Recuerda el sentimiento que produjo la enfermedad del caudillo en todos los tlaxcaltecas, y te convencerás de lo imprudente de tus palabras, de que esos exagerados temores no pueden hallar eco en nadie.

Xicotencal, al verse contrariado, abandonó su casa sin despedirse de sus padres.

El anciano quedó sumido en la mayor desesperación, porque conocía el carácter impetuoso de su hijo, y temió que su cólera le arrastrase á cometer algún atentado, cuyas consecuencias fueran desastrosas para todos.

Amaiza, la amante esposa, sufría en silencio, porque no quería amargar los dolores que se revelaban en la fisonomía del anciano.

Xicotencal anduvo maquinalmente más de una hora sin dirección fija.

No sabía qué partido tomar.

De repente una idea cruzó por su imaginación.

—Consultaré á Azahel acerca de la conducta que debo observar.

Y cambiando de dirección, trepó por una montaña, internándose por una estrecha y larga cordillera.

El viejo Azahel era, como recordarán nuestros lectores, un butio á quien se atribuía gran influencia sobre el monstruo que habitaba en las entrañas del río Zalmal.

Cuando llegó Xicotencal á la mazmorra que servía de albergue á aquel agorero, le halló ocupado en una tarea que le horrorizó.

Alrededor de una jaula, dentro de la cual había un enorme jaguar, había acopiado grandes troncos de árbol.

En la parte superior de la jaula había un pequeño agujero.

En el momento de prender fuego á los troncos, colocados de manera que produjeran la llama, pero que no incendiaran la prisión de la fiera, comenzó á verter por aquel agujero una sustancia pegajosa y que exhalaba un olor muy acre.

Caía en la cabeza del animal, y poco á poco se iban amortiguando sus fuerzas.

Azahel no separaba la vista de su víctima, y cuando vió que nada podía temer abrió la jaula.

El animal se iba hinchando por momentos, y por sus fauces destilaba un líquido viscoso de un color negruzco.

Xicotencal no se atrevía á desplegar los labios.

Azahel penetró en su madriguera, y no tardó en volver armado de una especie de cuchillo, formado de pedernal muy cortante.

Le pasó dos ó tres veces por la piel del jaguar, y cada movimiento que hacía producía un gemido que helaba la sangre.

Terminada esta operacion, el animal volvia á su inmovilidad habitual.

El butio meneaba la cabeza, decuando en cuando como dando á entender que no habian correspondido sus experimentos al fin que se habia propuesto.

Despues de permanecer pensativo algun tiempo, arrastró al jaguar hasta la jaula y le encerró de nuevo en ella.

Xicotencal entónces se atrevió á dirigirle la palabra.

—Venia á consultaros sobre la resolucion que debo tomar en vista de las graves circunstancias que atraviesa mi patria.

—Adivinaba que llegarías en breve, y me preparaba á satisfacer tu demanda. Ese jaguar que yace casi moribundo debe recobrar la vida ántes de que la noche tienda su negro manto. Si esto sucede, es que debes ponerte al frente de tus guerreros para arrojar á los españoles de tu patria. Si muere ántes del crepúsculo, es señal de que los senadores, y con ellos la ciudad de Tlaxcala, deben estrechar más y más la amistad que les une con los extranjeros.

Xicotencal se asombraba de lo maravilloso de la ciencia de aquel anciano.

No podia explicarse cómo podia conocer con tanta exactitud los propósitos que allí le llevaban.

El anciano continuó:

—Para provocar la reaccion que espero, necesito tu concurso.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Ven conmigo.

Y le llevó á la cueva que le servia de habitacion.

Levantó una piedra que ocultaba un agujero como de media vara de espesor, y acto continuo aparecieron dos repugnantes hazchacoraides.

—Cógelos, dijo, y ve allí fuera miéntras yo coloco la piedra en su sitio.

Xicotencal sentia una gran repugnancia en obedecer al an-

ciano; pero por temor de que calificase de cobardía su negativa, se aprestó á obedecerle.

Cuando el anciano se halló en su presencia destripó á aquellos dos reptiles, y con una pluma que impregnó en sus entrañas humedeció las fauces del jaguar.

Esto le produjo una sacudida violenta, que por lo inesperada amedrentó al esforzado guerrero.

Pasada aquella, comenzó á desentumecer sus miembros, y poco á poco fué volviendo á la vida.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, dijo Azahel con voz sólemne, señalando al jaguar. Ese animal recobra la vida: que Tlaxcala recobre la independenciam, la gloria, la felicidad de otros dias.

Xicotencal se despidió.

Alentado por lo que acababa de ver, cuando llegó á Tlaxcala pidió al senado que se reuniese, anunciando que tenia que hacer revelaciones importantes.

Todos se apresuraron á complacerle, y una vez en su presencia les refirió la escena que acababa de tener lugar.

Todos creyeron aquello una superchería para obligarles á romper la amistad con los españoles.

La indignacion de algunos senadores llegó hasta el punto de pedir la pena de muerte para aquel hombre sedicioso, que intentaba perturbar la tranquilidad pública.

Uno de los que más insistieron fué el padre del delincuente, el venerable ciego, que no podia acostumbrarse á la idea de que un hijo pérfido empañase el brillo de su familia con aquel atentado.

La pundonorosa actitud del virtuoso senador aplacó la ira de sus compañeros, y por humanidad acordaron atenuar la pena que pensaban imponer al rebelde.

Despues de vituperar su conducta con la mayor severidad y acritud:

—Despojad à ese traidor de las insignias militares, dijo el presidente á uno de los celadores de aquel alto cuerpo; quitad de sus manos ese baston que envilece su contacto. Desde hoy cesa en el mando del ejército, y por lo tanto pierde todas las prerogativas anejas á ese cargo. El que comete el desacato de querer destruir las deliberaciones del senado por medio de viles ardides, no merece más que el desprecio y la execracion de todos.

Inmediatamente el funcionario dependiente del senado que asistia á aquel imponente acto acercóse á Xicotencal y despues de obligarle á subir las gradas del tribunal, hizo la ceremonia de arrojarle violentamente.

Así terminó aquella solemne reunion, y Xicotencal, al verse exonerado, abandonó aquella estancia silencioso, triste, desesperado.

CAPITULO LXXVII.

Una resolucion heroica.



LA separacion del hijo de Xicotencal del mando del ejército tlaxcalteca, cundió por toda la ciudad.

Todos aplaudian la determinacion, y aun algunos calificaban de leve el castigo que le habian impuesto.

Hernan Cortés, que veia el prestigio que conservaba entre aquellos indios, trató de aprovecharse de las circunstancias para reiterar su peticion al senado.

—No es posible, les dijo, excusar el castigo de esa nacion que ha venido à insultarnos. Su rebeldía, la muerte alevosa que han dado á algunos de mis compatriotas, reclaman un ejemplar castigo. Además, su permanencia en la frontera es un peligro para la república, y yo no puedo, no debo consentir, ni consentiré, como aliado y como amigo, que continúen hostilizándonos. Si no atajamos en su origen el mal, podemos sufrir pérdidas terribles. Tal vez Xicotencal en estos momentos haya abandonado su patria y excite à las tribus vecinas para que vengan contra nosotros. Yo espero, yo suplico, yo exijo de vosotros que pongais á mi disposicion las tropas de la república, y en breve desaparecerán de las fronteras esos rebeldes.

El senado decretó que saliesen los tlaxcaltecas unidos con los españoles á atacar á los tepeaquezes.

Despues de haber sido exonerado Xicotencal, se dirigió à su casa.

La desesperacion se pintaba en su rostro.